

Cara A.

De Pablo Rueda

**(Conferencia, discurso, en seis surcos, de Eric Blair
o George Orwell desde una trinchera cualquiera).**



“No hay ningún *derecho* a ser distinto...”

.....

“Corremos el riesgo de ser definidos como “pecadores”, “enfermos”, “inadaptados sociales”, “asociales”. Y de ser tratados como tales.

Hay que cavarse una trinchera.”

Eugenio Barba. “*Teatro. Soledad, oficio y revuelta.*”

Cara A es un texto vivo, una textura escénica, un estímulo para el actor, el director y los técnicos que trabajarán a partir de los estados, climas, temperaturas, palabras, melodías, emociones sugeridas en esta partitura que intenta invitar al trabajo grupal, abierto a las visiones de este grupo*, su pensamiento e imaginación en el caos habitual, pero no por eso falta de rigor, de su trabajo creativo, que propiciará que las líneas escritas tomen direcciones en principio imprevisibles.

También busca ser un guiño al público, a su conciencia afectiva y emotiva, individual y colectiva, reconociéndolo como presente, como asistente, co-partícipe de la agonía del personaje y su explosión de estados, de la fusión de lo real y lo ficticio en el cuerpo del actor, salpicándolo con la tierra, con olor a humedad confinada, que volará por los aires, surcados por aviones de combate. El público enfrentado a la estética del polvo, alborotado por el hedor a pólvora y el silbido musical y pirotécnico de las marchas militares, las bombas y los fuegos de artificio del pasado y del presente, los sonidos de la Guerra Civil Española y otros, atrapados en viejos y polvorientos afiches y en un disco de pasta o de vinilo.

Un personaje, un icono bipolar.

Bipolar este tiempo de portones a control remoto y enanas en patines y minifaldas, que Eric Blair o George Orwell vislumbró y anticipó en sus creaciones literarias.

Bipolar también es la manera en que se lo percibe.

La izquierda y la derecha se lo disputaron muchas veces, eso demuestran las críticas de los intelectuales de ambos bandos, con los cuales el no se quería identificar de ningún modo.

¿Quién es este personaje? ¿Eric Blair? ¿George Orwell? ¿Birmano, indio o inglés?

¿El burgués o el devenido a la fuerza proletario?

¿El conservador o el revolucionario? ¿El escritor cronista o el lavaplatos vagabundo? ¿El irreductible o el delator? ¿Uno de los tantos cuentos de mi abuela sobre la Guerra Civil?

¿El homo erótico o el homo fóbico?

¿El policía imperial? ¿El miliciano del POUM en Cataluña?

¿Cómo se nos presenta este personaje? ¿En qué estado?

¿Es George Orwell? ¿Su cadáver, su fantasma? ¿Una foto? ¿Su voz que emerge de un parlante?

¿Es un demente recluido en un hospicio con delirio de filiación?

¿El recurrente sueño de un insomne? ¿Una pesadilla? ¿Un naufrago?

¿Winston Smith o Liber Falco? ¿Mi abuelo, en un estrado, quedándose afónico de la emoción, ante una multitud estudiantil que aguardaba su discurso y lo bajaron tras no poder pronunciar otra palabra más que *Compañeros*?

¿La cara A o B de un disco? ¿Demiurgo y personaje? ¿La marioneta y su titiritero?

¿El Willie de Beckett? ¿El Sade de Weiss? ¿El Tréplev de Chéjov?

Seguramente las situaciones que presenta el personaje jamás ocurrieron. No por imposición de algún líder totalitario o algún omnisciente hermano mayor, por suerte, y por azar también, esas, las voces, difónicas o estridentes están ahí y aparecen, las convoca el actor como un arqueólogo, caótico y necio en su tarea, raspando en su cuerpo y su garganta, generoso y egoísta, compartiendo su agonía con el público que vino a buscar lo que sólo junto a este juglar, este clown, de uno o un par de inquietos actores, puede encontrar entre tanta confusión, esa nueva luz, **la sonrisa de la madre**. Creer o reventar...

“Aunque popularizó y dramatizó el concepto de la todopoderosa telepantalla, y durante años trabajó en la sección radiofónica de la BBC, Orwell murió joven y pobre antes de que la era de la austeridad diera paso a la era de las celebridades y los medios de comunicación. No tenemos ningún registro real de cómo sonaba, o cómo le “habría ido” en un programa de charlas televisivas. Es probable que eso sea algo positivo. En las fotografías se lo ve como alguien enjuto pero gracioso, orgulloso pero de ninguna manera vanidoso. Y sí, en realidad conservamos su voz, y no parece que hayamos alcanzado una etapa en la que podamos decir que ya no la necesitamos.”

Christopher Hitchens.

Negras tormentas agitan los aires,
nubes oscuras nos impiden ver,
aunque nos espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber.

El bien máspreciado es la libertad,
hay que defenderla con fe y valor,
alta la bandera revolucionaria
que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.
Alta la bandera revolucionaria
que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.

En pie pueblo obrero, a la batalla,
hay que derrocar a la reacción.
¡A las barricadas, a las barricadas,
por el triunfo de la Confederación!
¡A las barricadas, a las barricadas,
por el triunfo de la Confederación!

”Warszawianka” (“Varsoviana”) de Waclaw Swiecicki.

Traducción de Valeriano Orobón Fernández.

SURCO 1.

De un viejo tocadiscos se oye “La Varsoviana”, en ruso.

Una silueta, hecha polvo en la penumbra, manipula una bombilla eléctrica que no termina de encenderse.

Amanece lentamente. Una luz enfermiza, como de papel de aluminio amarillento, se cuelga por encima de un muro sombrío repleto de viejos y polvorientos afiches.

El sol va tocando, poco a poco, la silueta, el uniforme de miliciano, la chaqueta gastada de mezclilla con parches de cuero en los codos (breeches de pana, putee y bufanda de punto larga, todo caquí), un justillo amarillo de piel de cerdo, enormes botas cubiertas de barro, y el cuerpo enjuto, el rostro de un asustado, hambriento, helado y cansado Eric, los polvorientos restos de Eric que se rasca frenéticamente su breve melena en la trinchera. El sol finalmente ilumina un estrado, una plataforma a la que Eric permanece ajeno, esta se encuentra en otro plano junto con el viejo tocadiscos y un parlante gris. Eric ríe a carcajadas mientras lentamente la luz del sol lo va calentando, hidratando. Continúa intentando, maniobrando, con los dos cables que la bombilla permanezca encendida. Cuando por fin lo logra y se ilumina totalmente su rostro alargado, de mejillas hundidas, nariz corva, y distinguida, orejas más bien grandes, barbilla prominente y de forma irregular y una amplia frente surcada por arrugas profundas. Un fino bigote castrense bordea su boca de labios exigüos. Y pasa de la risa al llanto y del llanto a la risa y así sucesivamente unos momentos. Luego comienza a murmurar la canción, desde la punta de sus labios, mientras coloca un jarro metálico sobre la bombilla encendida.

Termina de escucharse la canción.

SURCO 2.

La murmuración se hace palabra. Creo en todo...

Si buscas 'té' en el primer libro de cocina que cae en tus manos, seguramente no lo encontrarás; o a lo máximo hallarás un par de líneas con unas escuetas instrucciones que no contienen los puntos más importantes. Hecho curioso, no sólo porque el té es uno de los productos más importantes de la civilización, sino porque su método de preparación es motivo de las más violentas disputas. Instrucciones. Reglas de oro. Uno debería utilizar té de la India o de Ceilán. El té chino tiene sus virtudes que hoy en día no deben ser despreciadas -es barato, y se puede beber sin leche- pero no es muy estimulante. Uno no se siente más sabio, más bueno u optimista después de beberlo. Cualquiera que utiliza la frase "una buena taza de té" siempre se refiere al té de la India. La patria de los débiles, de los mejores amantes, con su rebelión y sus propias reglas. Los débiles, en un mundo gobernado por los fuertes, solo les queda, es su derecho, quebrantar las reglas o perecer, confeccionar una serie de reglas distintas para si mismos. Creo en todo...

Intuición. Para calentar un líquido con una lámpara eléctrica no se requiere la lámpara más poderosa, sino una en que la corriente pueda desviarse para que dé calor en vez de luz. *Saca de uno de los bolsillos de su camisa una bolsita que contiene hojas de té y las vierte en el líquido que comienza a hervir dentro del jarro.* El agua debe hervir en el momento del impacto... Así, así. Así el crudo invierno aferra a su presa con menos fuerza... dejar que las

hojas se depositen en el fondo. *De uno de los bolsillos de su pantalón saca una cuchara y comienza a revolver el líquido humeante.* Hecho el té, uno debería removerlo o mejor mover la tetera y seguidamente dejar que las hojas se depositen en el fondo y removiéndolo mientras se vierte la leche, uno puede ajustar exactamente la cantidad de leche. En el caso inverso, uno podría haber puesto demasiada leche. Y por último: El té debe prepararse en pequeñas cantidades... en una tetera. Un té preparado fuera de una urna siempre es insípido, que como el té del ejército, que se prepara en grandes cacerolas, sabe a grasa y detergente. *Inesperadamente extrae de una alforja una jarra de leche.* Uno debería retirar la crema de la leche antes de añadirla al té. La leche demasiado cremosa modifica el sabor del té. *Vierte la leche en el jarro.* Uno debe verter primero el té en la taza. Este es el punto más controvertido; de hecho, en todas las familias británicas hay dos escuelas sobre el tema. La escuela de "la leche primero" puede tener algunos argumentos de peso, pero yo sigo opinando que mi argumento es irrefutable: al poner primero el té -excepto si se bebe al estilo ruso- debería beberse sin azúcar. Se muy bien que en este punto formo parte de la minoría. Pero ¿cómo puede un amante del té destruir su sabor metiendo azúcar? También se podría meter sal o pimienta... *Bebe.* El té debe ser amargo, como la cerveza. Si lo endulzas, ya no sientes su sabor. Podrías crear un brebaje similar simplemente añadiendo azúcar a una taza de agua caliente... *Bebe.* Alguna gente te dirá que no les gusta el té en sí, que lo beben para calentarse o estimularse y que necesitan ponerle azúcar para eliminar el sabor del té. A esta gente equivocada, yo le digo: "intenta beber té sin azúcar durante un par de días y es muy improbable que vuelvas nunca a estropearlo añadiendo azúcar". Estos no son los únicos puntos de la controversia sobre cómo beber té, pero son suficientes para mostrar lo sofisticado que se ha vuelto este tema. También existe todo esta misteriosa

etiqueta social que envuelve la taza de té (por ejemplo ¿por qué se considera una vulgaridad beber el té del platito de la taza?) y existe mucho escrito sobre el uso secundario de las hojas de té, como por ejemplo leer el futuro, la predicción de una eminente visita inesperada, alimento para los conejos, curar quemaduras y limpiar la alfombra. Lo importante es poner atención a los detalles ... los detalles...

SURCO 1 (BIS).

Se vuelve a escuchar “La Varsoviana”. Arrecia la artillería enemiga. Eric se deshace de su jarro y se guarece tras unos sacos de arena. La bombilla eléctrica, alcanzada por un disparo se hace añicos. Cesan los disparos. Eric se asoma.

¡Fascistas cabrons! Arrecia nuevamente la artillería. Eric es herido en la garganta. Eric sale de su guarida. Evalúa la gravedad de su herida y percibe que no está solo. Enajenado, la voz difónica. Intenta en vano alzar la voz. ¡Una pluma, por favor! Se toma la garganta. La música se desvanece. Anochece.

SURCO 2.

Se escucha la canción popular tradicional “Si me quieres escribir”. Eric simula cantar en la penumbra de un nuevo amanecer, tiene herida la garganta envuelta en un pañuelo rojo sangre.

“Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero.

Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero,
en el frente de batalla primera línea de fuego.
En el frente de batalla primera línea de fuego...”

Sorprendido por la luz de una linterna, se levanta y alza las manos, tiene mojados los pantalones.

Con voz normal. No disparen. No estoy afiliado. Luego de un instante de desconcierto baja sus manos. Amanece totalmente. Eric toma una pala y comienza a cavar. Habla con voz aguardentosa.

Verdaderamente no puedo trabajar... pero el carbón tiene que salir... es necesario. Los que tomen la espada, perecerán por la espada; y los que no la tomen, perecerán de enfermedades malolientes. *Ríe de manera alucinada e histérica, de la misma manera se rasca el cuerpo y la cabeza. Piojos. Pulgas. Se sobresalta. Ratas. 1936. Quizás antes. Un agujero en la garganta y la memoria. La historia es una serie de hechos sin relación unos con otros... Verdaderas orgías de fechas y palabras. Ríe. Y así, así era la alegría, los chicos más listos saltan de sus asientos, impacientes porque les pregunten y así poder gritar las respuestas, las fechas y palabras exactas. Los más prolijos al vestir y al dibujar serán ovacionados los que, a criterio de la maestra, no lo hagan así serán humillados. Toma una fusta. Parafrasea a la maestra. No dibujes más. Además de desprolijo. Faltas de ortografía, groserías. Se azota con la fusta. Eres-un-su-cio-chi-qui-llo... sin sombrero, guantes, ni bufanda. Continúa. Azotados al orinarse en las sábanas más tarde en la noche por el frío y la frustración.*

Eric simula cantar en la trinchera, continúa su difonía.

Sigue cavando.

“Aunque me tiren el puente y también la pasarela.

Aunque me tiren el puente y también la pasarela,

me verás cruzar el Ebro en un barquito de vela.

Me verás cruzar el Ebro en un barquito de vela...”

Con voz pedregosa. Los recuerdos físicos, los ruidos, los olores, la superficie de los objetos. *Toma un palo, una vara de madera repleta de barro de la trinchera.* La semana de supuesta instrucción... *Apoya la madera en uno de sus hombros y comienza a marchar.* Izquierda. Izquierda. Derecha. Izquierda. El enorme cuartel de caballería, con sus cuadras llenas de corrientes de aire y sus patios adoquinados. Izquierda. Izquierda. Izquierda. Derecha. Izquierda. *Estornuda.* El frío glacial de la bomba de agua donde nos lavábamos; la asquerosa comida que tragábamos gracias al vino abundante. *Comienza a masturbarse.* Las milicianas con pantalones que partían leña. Izquierda. Izquierda. Izquierda. Derecha. Izquierda. *Acaba de masturbarse.* Jamás he leído las novelas del Marqués de Sade; por desgracia, son muy difíciles de conseguir. *Ríe. Ríe. Ríe. Tose. Tose. Tose.* Las mujeres no perdonan el fracaso. Disculpas, continuó: La lista que pasaban al amanecer, en la que mi prosaico nombre inglés era una especie de interludio cómico entre los sonoros nombres españoles. *Enumera solemnemente.* Manuel y José Luís González, Ricardo López Callejón, Leonardo Correa, Ricardo Mendoza, Gustavo Clavijo, Luís Costa y Ramón Márquez, cuyos

nombres cito en particular porque recuerdo sus caras. *Surca el cielo un avión enemigo.* Exceptuando a dos que eran escoria y que sin duda serán ahora buenos falangistas, es probable que todos estén muertos. El más viejo tendría unos veinticinco años; el más joven, dieciséis. *El ruido del avión se hace más presente. Eric se inquieta.* Un momento, ahí viene el verdadero talento. *Toma su fusil, apunta hacia el cielo, dispara. A sus pies cae una gaviota. Eric sorprendido la observa.* Una infamia.

Cuando se acerca a recogerla una bomba cae cerca de la trinchera, la explosión hace que Eric pierda el equilibrio el cual cae y es sepultado por la tierra que la explosión eleva por los aires, esta oscurece la escena.

SURCO 1 (BIS-BIS).

“La Varsoviana” vuelve a escucharse.

Vuelve a amanecer. De la trinchera surge un brazo, el de Eric, que enarbola un avioncito de papel con el que juega mientras se va incorporando lentamente.

Con voz rasposa. Para remontar los cielos no se necesita tener el más poderoso de los motores, uno debe tener un motor que, en vez de continuar corriendo por la superficie de la tierra, creando una intersección entre una línea vertical y la horizontal que comenzó siguiendo, sea capaz de convertir esa velocidad en el poder de elevarse. *Lanza el avioncito.* No es una cuestión de talento, es una cuestión de poder, poder enfrentarse a los hechos desagradables. Enfrentarse, enfrentarse siempre: ésa es la forma de superarlo...

Se incorpora totalmente.

¡Uno, dos, tres, cuatro! *Comienza a hacer movimientos gimnásticos y flexiones.* ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Doblad y extended los brazos! ¡Contad a la vez que yo! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Vamos, camaradas, un poco de vida en lo que hacéis! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro!... *Continúa haciendo flexiones y movimientos cada vez más frenéticos.* ¡Ya habéis visto, camaradas; así es como quiero que lo hagáis! *Logra tocarse la punta de los pies sin flexionar las rodillas.* Miradme otra vez. Tengo treinta y tres años. Mirad. Ya veis que mis rodillas no se han doblado. Todos vosotros podéis hacerlo si queréis. Cualquier persona de menos de cuarenta y cinco años es perfectamente capaz de tocarse así los dedos de los pies. No todos nosotros tenemos el privilegio de luchar en el frente, pero por lo menos podemos mantenernos prolijamente en forma. ¡Recordad a nuestros muchachos en el frente malabar! *Aún estirándose al máximo se toca libidinosamente las nalgas.* ¡Y a los marineros de las fortalezas flotantes! Pensad en las penalidades que han de soportar. Ahora, probad otra vez. *Alegremente se incorpora.* Eso está mejor, camaradas, mucho mejor. *Agotado, pierde la algarabía.* Disculpas. Me confundo. Un agujero de la memoria. Las llamas devoran el papel, las hojas, los dibujos, la memoria. Pero la tinta como la sangre mancha y se diluye con dificultad. *Tose. Tose. Tose.* *Con voz difónica.* ¡Una pluma, por favor! ¡Siempre digo lo mismo! Pero es lo que vi. Iniciales. Solo iniciales. Una epidemia de iniciales. La información sobre la orden del día: *Repite como autómeta.* times 17.3.84. discurso gh malregistrado áfrica rectificar times 19.12.83 predicciones plantrienal cuarto trimestre 83 erratas comprobar número corriente. times 14.2.84. Minibundancia malcitado chocolate rectificar times 3.12.83 referente ordendía gh doblemásnobueno refs nopersonas reescribir completo someter antesarchivar.

Desiste del automatismo. Enjambres de palabras y vocablos, enjambres de funcionarios en multitud de tareas increíbles. Objetos de mi propio pasado, retazos, en forma de despojos y trampas. Cartas, personas, recetas, direcciones, rastros, fechas de encuentros, extraños, triviales, esquemáticos, accidentales o importantes. Un inventario desprovisto de cronología, jerarquía y localización. Las grandes imprentas con sus expertos en tipografía y sus bien dotados estudios para la falsificación de fotografías. La banda con sus músicos, ingenieros, sus directores y equipos de actores escogidos especialmente por su habilidad para imitar voces. Todo ese doblepensar. Morimos de palabras. *Continúa cavando, profundizando su trinchera o su tumba.* Había también un gran número de empleados, periodistas, cuya labor sólo consistía en redactar listas de libros y periódicos que debían ser repasados. Raspados. Raspar. Raspar. Raspar. En una vorágine palimpsestuosa. Los documentos corregidos se guardaban y los ejemplares originales eran destruidos en hornos ocultos. Un fragmento del pasado había de ser conservado, falsificado otro, y otro borrado de la existencia. El que controla el pasado controla el futuro; y el que controla el presente controla el pasado. Eso decían. Palabras, palabras, palabras. Tengo como un clavo en la cabeza; maldito sea junto con mi amor propio que chupa mi sangre, que la chupa como un piojo... *Comienza a buscar primero lenta y luego frenéticamente algo entre sus ropas.* Un momento... estoy seguro... tienen que estar por aquí... *Finalmente extrae de entre sus ropas viejos y ajados recortes de prensa. Los enseña simulando cantar porque nuevamente la canción se hace presente:*

SURCO 2 (BIS)

“En el Ebro se han hundido las banderas italianas.

En el Ebro se han hundido las banderas italianas

y en el puente solo quedan las que son republicanas.

Y en el puente solo quedan las que son republicanas...”

Poner al día el pasado. Raspar. Raspar. *Se va quedando difónico.* Raspar. Todas las predicciones resultaron acertadas. Intuición. Documentos. Raspar y volver a escribir. ¡Una pluma, por favor! No existe... afiliación. No existe... falsificación... ¡Una pluma por favor!... *Tose. Tose. Tose. Se toma el bajo vientre.*

Eric se baja los pantalones y se acuclilla.

Con voz escarpada. Una experiencia esencial, aparte del desasosiego, los agujeros en el estómago, la garganta y la memoria, es la imposibilidad de librarse en ningún momento de los malos olores de origen humano. *Se resbala repetidamente.* La letrina ibérica en la que hay que acuclillarse ya es suficientemente mala en el mejor de los casos, pero las del cuartel están hechas con una piedra pulimentada tan resbaladiza que es difícil no caerse. Además, siempre están obstruidas. Son estas letrinas las que me hacen pensar en una idea. *Se incorpora y grita pero pierde la voz al final de la exclamación.* ¡Somos soldados de un ejército revolucionario que va a defender la democracia del fascismo, a librar una guerra por algo concreto! *Con voz difónica.* La leña, la comida, el tabaco, las velas y el enemigo. En ese orden las prioridades en la trinchera. El hogar puede distar mucho de la perfección pero por lo menos es un sitio donde reinaba el amor y no el miedo... Un fuego enorme, la mesa repleta de cosas maravillosas, mermeladas, arenques ahumados, bollos y tostadas,

verdaderos quitutes, a mi manera. Contraste. La acumulación de nieve favorece que el agua corra por el tejado y perjudique el enlucido de los techos que cae sin cesar, también de las paredes. Las tuberías revientan con cada helada intensa, el techo tiene goteras cuando hay nieve. Parece que a todas las puertas les hubieran serruchado un trozo por la parte inferior, con el fin de dejar paso a las pálidas corrientes de aire. *La duda lo asalta.* ¿Esto es correcto? No importa que hable solo. Tengo que decir la verdad. Yo soy Eric, el becario, el mendigo, el policía, el lavaplatos. Yo soy. No tengo. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Verdad? Mi bando es el bando justo, si, si, si... estoy aburrido... *Ríe alucinadamente.* Aburrido y hambriento... *Ladra. Ríe. Bosteza.* Un momento. Tengo agujeros en estómago, garganta y memoria pero no en los bolsillos. El hambre y el frío me atemorizan más que el enemigo... el aburrimiento es inseparable de la pobreza. *Comienza a buscar primero lenta y luego frenéticamente algo entre sus ropas.*

Un hombre que ha pasado una semana sólo a base de pan y margarina, no es ya un hombre, sino un estómago con algunos órganos accesorios. *Finalmente de entre sus ropas extrae sobras de comida.* El rancho... ¡Viva! *Ríe.* ¡Hay que comer! La disciplina es la disciplina en todos los ejércitos. Las leyes de la naturaleza son tan implacables... para todos... rojos, blancos, amarillos. *La artillería enemiga vuelve al ataque. Eric se cubre.* La orquesta final. Un piojo es un piojo y una bomba es una bomba, por muy justa que sea la causa por la que se combate. Está todo diseñado para que las mentiras suenen veraces y el homicidio se convierte en un acto respetable... ¡Ah! Existe un compromiso categórico, no habrá reducción de la ración ... nada de huelgas y boicot solo chocolate...

Devora con fruición un trozo de chocolate, emitiendo un gemido agudo de gran satisfacción, semejante al de un cachorro. Las balas no lo alcanzan o al menos no lo hieren gravemente. Saborea la golosina.

Feromonas. *De uno de los bolsillos de su camisa saca una cadena con un péndulo. Las emociones. Balancea el péndulo entre sus ojos. Repite. Las emociones, que se pueden abrir y cerrar como un grifo, son un efecto de la hipnosis. Las fobias físicas. Las ratas. Las ratas no son grandes como gatas. Las ratas no existen por más que eso digan los periódicos o los panfletos. Los disparos continúan. Cerdos, puercos, hombres... todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros. Nos hemos vuelto demasiado civilizados para ver lo evidente. Porque la verdad es muy sencilla: para sobrevivir, a menudo hay que luchar; y para luchar, hay que mancharse las manos. La guerra es mala y es, con frecuencia, el mal menor. Pero la tinta como la sangre mancha y se diluye con dificultad. El fracaso es algo tan falso como el éxito. Continúa balanceando el péndulo mientras caen bombas y se suceden explosiones a su alrededor.*

Los que tomen la espada, perecerán por la espada; y los que no la tomen, perecerán de enfermedades malolientes. *Con voz difónica. Siempre digo lo mismo. Cierra su puño y aprieta rabioso el péndulo. Todos se creen las atrocidades del enemigo y no dan crédito a las que se cuentan del bando propio, sin molestarse en analizar las pruebas... ¡Mierda! Las ratas. ¡Pero yo las ví, maldita biennacidas, hacer su camino de ocupaciones lucrativas! Arroja el péndulo contra un muro, hasta ahora en penumbras, pintado con las siguientes consignas:*

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Grita. ¡Gol!

SURCO 3.

Del parlante gris se escucha “The ending of 1984” by George Orwell.

Se ilumina el estrado, la plataforma.

Las balas duelen, los cadáveres apestan, los hombres expuestos al fuego enemigo suelen estar tan asustados que se mojan los pantalones con cada explosión. Las letrinas olían mejor, la disciplina era menos irritante que este cautiverio infame. Odio. Odio. Odio... No quiero alas. ¡Una pluma, por favor! Ver lo que está delante de nuestros ojos requiere un esfuerzo constante... lo único que nunca pude hacer fue olvidar... la traición y todo lo demás... *Parece desfallecer.*

De repente rápida y febrilmente se sube al estrado, a la plataforma, en esta hay una soga y un aparatoso micrófono de la BBC de Londres. Luz del atardecer.

SURCO 4.

Rugiendo. ¡Como modernas e ilustradas gentes, sostenemos que en el presente los pacientes del manicomio no deben sufrir ya violencia, ni oprobio, sino al arte y la cultura dedicarse, para que puedan los principios confirmarse, que un día acuñamos de los derechos humanos, la moneda: control, organización y disciplina! ¡Porque la lucha es larga y son muchos, pero nosotros somos muchos más! ¡La vida es como un trompo compañeros, no pasarán, nosotros pasaremos!

Levanta su puño izquierdo en alto solemnemente.

¡Compañeros, compañeros! A mis pies rugía la bestia. Pero en mi lengua un candado. Mi garganta ya es pasado.

Mira a los ojos de una espectadora. Se comienza a escuchar el “Himno de la U.R.S.S.”

¡Mamá, me viniste a ver! ¡Qué mala suerte! *Se emociona, llora.*

Todo eso sucederá, todo lo que tienes en lo más recóndito de la mente, lo que te aterroriza, lo que te dices a ti mismo que no es más que una pesadilla o que solo ocurre en otros países. Las bombas, las colas de racionamiento, las cachiporras de caucho, los alambrados de púa, las camisas de determinado color, las consignas, los rótulos enormes, los pequeños

cubículos, las ametralladoras disparando ráfagas de odio por las ventanas de los dormitorios. Todo ello sucederá... no hay escapatoria.

Se coloca la soga en la garganta. El himno se pierde.

Vuelve a rugir felinamente. ¡Compañeros, compañeros! Estaba solo. Estábamos solos. La multitud y yo. Tengo el rugido clavado aquí. Un rugido felino, anormal: Rompere le catene, questo e il sapore... escusate, questo e il lavoro.

SURCO 5.

Se comienza a escuchar “La internacional socialista”

¡Se necesitan nuevas formas! ¡Formas nuevas! ¡Ajenas a la redacción! ¡No más oprobio!
¡Pan y verano! ¡Una nueva coyuntura! ¡Mamá veníme a ver! *Grita en euzkera.* ¡Haika
mutil! ¡Una imprenta! *Arrepentido se quita la soga del cuello.*

Lanza viejos, polvorientos y amarillentos panfletos que, otoñales, se desintegran en el aire.

¡La imprenta es un gran invento, un aparato colosal!

¡La marcha, la gran, es kistch, un biombo que oculta la muerte y me provoca dos lágrimas consecutivas: desilusión y soledad!

Llora emocionado por la canción y los fuegos de artificio que surgen del tocadiscos, sus compañeros son el público, la multitud lo ovaciona.

Lo ilumina no ya la luz del sol, sino una luz artificial.

Enajenado y rugiente. ¡Basta! ¡Yo soy George Orwell, una foto, una voz que sale de un parlante para zambullirse en un mar empedrado y hacerlo bien!

La emoción se desliza por su rostro, lo ahoga.

El tiempo se detiene un instante la marcha continúa cada vez más intensa.

¡Y ahora que cambio la suerte, mamá, aunque olvidé el saroma de tu estofado... ¡vamos a alimatar a ese minino!

Acompaña con los movimientos de sus labios la letra de “La internacional socialista”, con el puño izquierdo en alto, enhiesto, emocionado hasta el final de la canción.

SURCO 6.

Silencio, emoción sostenida, puño en alto, se salta la púa, se comienza a escuchar hasta el final “La sonrisa de mamá” interpretada por Palito Ortega y Libertad Lamarque.

“Esa flor que esta naciendo. Ese sol que brilla más.

Todo eso se parece a la sonrisa de mamá.

Esa rosa que despierta, ese río que se va.

Todo eso se parece, a la sonrisa de mamá.

La dulzura de tus ojos, tu mirada, tu candor.

La sonrisa, la ternura de tu voz.

Tu palabra es el ejemplo, es el remanso del amor,

ella borra mi tristeza, mi dolor.

Me contagio de alegría, cuando tu conmigo estas,

porque tengo tu cariño, mi sonrisa brilla mas.

A tu lado tengo todo, tu eres mi felicidad

tu tristeza es la mía y tu canto mi cantar.

LA LA LA LA

LA LA LA LA

La sonrisa de mamá...”

George luego de unos momentos de una angustiante lucha interior claudica, baja el puño, baja del estrado y como si hubiera sido víctima de una golpiza o sometido a una sesión de electroshock, abandona lentamente la escena hecho polvo.

La púa del viejo tocadiscos indica que no hay más surcos en la cara A... amanece.

FIN.